

DOMINGO TERCERO DESPUES

DE PENTECOSTES.

A la simple lectura del evangelio de hoy no hay quien no comprenda lo que la Iglesia exige de sus ministros en el presente domingo. Exige que, despues de haber explicado al pueblo en los dos domingos precedentes los dos principales misterios de nuestra Religion, á saber, el de la Trinidad y el de la Eucaristia, prediquen á los fieles las infinitas misericordias de Dios, á fin de inducirlos á una conversion pronta y verdadera. ¿Qué otro objeto puede tener la tiernísima parábola que hoy nos hace leer?

Sobre esta parábola se pueden componer diferentes asuntos, los que sin embargo deben encaminarse á un mismo fin, cual es inducir á los pecadores á aprovecharse pronto de la suma bondad que Dios muestra para con ellos. Entre los pecadores unos esperan poco de la misericordia de Dios, y otros esperan demasiado, siendo rarísimos los que no dan en uno de estos dos extremos: extremos que, distando mucho entre sí, llevan al mismo término, que es obstinarse en el pecado. Los que esperan poco, se obstinan; porque se figuran que para ellos ya no hay apelacion ni recurso: los que esperan demasiado, se obstinan igualmente; porque les parece que pueden diferir su conversion por todo el tiempo que les plazca. Es menester combatir estos dos errores, y combatirlos con celo y energía, pues son los dos principales escollos en que suelen naufragar casi todas

las almas que se condenan. A los que esperan poco, dígaselos que por muchos y muy grandes que sean sus pecados, no han de dudar un punto de la misericordia de Dios, si acuden pronto á ella. A los que esperan demasiado adviértaseles que por muy grande que sea la misericordia de Dios, no tienen que contar con ella, si van difiriendo su conversion. Como ninguno de estos asuntos se trata ex professo en el Catequista orador, en vez de remitir allá á los curas, como tenemos de costumbre, se los ponemos aquí completos y acabados.

Suma bondad de Dios respecto del pecador.

Quis ex vobis homo, qui habet centum oves: et si perdiderit unam ex illis, nonne... vadit ad illam... donec inveniat eam? (Luc. xv, 4).

Esta fue la respuesta que el Salvador dió á algunos escribas y fariseos que, animados de un celo maligno, murmuraban de él porque trataba amigablemente con los pecadores. ¿Hay alguno entre vosotros, les dijo, que teniendo cien ovejas, si perdiera una, no deje las noventa y nueve en el desierto, y no corra tras la que ha perdido, hasta que logra encontrarla? ¿Hay alguno que, habiéndola encontrado, no la cargue amorosamente sobre sus hombros, y que, al llegar á su casa, no convoque á sus amigos y vecinos, para que tomen parte en la satisfaccion que siente por tan feliz hallazgo? *Quis ex vobis homo*, etc. Pues si vosotros haceis todo esto por una bestia de poco valor, ¿no podré yo conversar con los pecadores, á fin de volverlos al camino de salvacion? Yo os declaro que la conversion de un solo pecador causa mas alegría á los Angeles del cielo, que la perseverancia de noventa y

nueve justos que no necesitan de penitencia. *Dico vobis, quòd ita gaudium erit in caelo, etc.*

¡Qué prueba tan sensible, cristianos, de la suma bondad de Dios respecto del pecador, del gran deseo que tiene de su conversion, y de la inefable satisfaccion que experimenta cuando la consigue! Para darnos Jesucristo una idea todavía mas clara de esto, luego de haber proferido la parábola que acabais de oír, pronunció otra todavía mas tierna y expresiva, cual es la de un padre que recibió con los brazos abiertos á un hijo pródigo y dissipador que, arrepentido, fué á echarse á sus piés. De esta parábola, que es lo mas tierno que se lee en el Evangelio, quiero servirme hoy para hacer comprender al pecador cuán grande es la bondad de Dios respecto de él, y cuán grande su malicia, si no corre inmediatamente compungido á arrojarse á los piés de un Padre tan bueno. He dicho que la parábola es tierna: y creo no la acabaré, sin que hayan corrido algunas lágrimas de vuestros ojos.

Deseoso el buen Salvador de darnos una muestra sensible al par que interesante de la suma bondad de que Dios usa con el pecador, ya esperándole á penitencia, ya llamándole con su gracia, ya recibéndole á su amistad, dijo la parábola que voy á referir, haciendo de paso sobre ella alguna ligera paráfrasis para su mayor inteligencia y declaracion. Hubo un hombre muy noble y rico que, teniendo dos solos hijos, se esmeró en darles una educacion buena, noble y virtuosa, cual correspondia al rango de su familia. Los dos jovencitos correspondian perfectamente al cuidado y solicitud de su buen padre, pues al paso que iban creciendo en edad, crecian tambien en sabiduría y en virtud. El buen padre se complacia mucho de esto, y contaba que sus dos hijuelos serian con el tiem-

po el honor de su familia, la gloria de su casa, y el consuelo de su vejez. Así lo discurria el bondadoso hombre, cuando hé aquí que un dia, y cuando él menos lo sospechaba, se le presentó el mas pequeño, y con pocas pero resueltas palabras le dijo: Padre, dadme la parte de hacienda que me corresponde, pues quiero partir. Sorprendido el buen padre con esta imprevista novedad, mudó de repente el semblante, sintió que le faltaba el aliento, y estuvo un buen rato sin saber qué contestar. Recobrados un poco despues el aliento y la serenidad, ¿qué has dicho, hijo? contesta, ¿que quieres partir? ¿Y á dónde?... ¿y con quién?... ¿y por qué?—Yo estoy resuelto, respondió el hijo, dadme luego la parte de legítima que me pertenece. Pero escucha, replicó el afligido padre, y díme: ¿qué novedad es esa? ¿qué motivo hay para tomar una resolucion tan nueva y extraña? ¿es que algun criado te ha faltado al respeto?... ¿es que tu hermano te ha dado algun disgusto?... ¿es que te falta alguna cosa?... Dilo, habla, explícate.— Nada de eso, contestó el desatentado jóven, es solamente que quiero partir. Aquí no pudo contenerse mas el tiernísimo padre, y prorumpiendo en un gran llanto, ¡ah, hijo! exclamó, ¡ah, hijo! ¿así te portas con un padre que tanto te ama? ¿Quieres acabarme la vida?... ¿quieres llevarme antes de hora al sepulcro?... Dejad todo esto, dijo el jóven en tono áspero y resuelto, y dadme luego lo que me corresponde, pues resueltamente quiero partir. Viendo el buen padre que no habia medio de ablandar aquel corazon de piedra, abrió sus cofres, le pagó al contado su legítima, y le despidió.

Viéndose el desaconsejado jóven con tanto dinero, ¿qué hizo? Se fué á un país lejano, donde, libre de toda sujecion, pudiese vivir con mas libertad. Llegado allá, se entregó á la vida mas licenciosa y libertina que jamás se haya visto: danzas, banquetes, teatros, juegos, mujeres... hé aquí todas sus

ocupaciones. Pero, como gastaba mucho, y no ganaba nada, presto voló todo el dinero. Entonces fue menester vender los ricos vestidos y algunas prendas de valor que habia llevado de la casa paterna; mas, agotado luego tambien esto, se vió reducido á la última miseria. Para mayor desgracia suya vino á aquel país una gran carestía, y él, por no morir de hambre, no tuvo mas recurso que salir al campo, y ponerse al servicio de un rústico labrador, quien le envió al bosque á guardar cerdos, sin otro salario que algunas bellotas para comer. ¡Pobre jóven! paréceme que le estoy viendo sentado allá debajo una encina, rodeado de su inmundo rebaño, cubierto de hediondos andrajos, triste, pálido, pensativo, transido del hambre que le devora, y no puede satisfacer. ¡Pobre jóven! no puedo mirarte... mi vista se resiste á contemplar tanta miseria... el corazon se rasga en vista de tan deplorable situacion.

Pero padre, diréis vosotros, harto le compadece, muy bien le está todo el mal que sufre. ¿Por qué huir de su casa? ¿por qué abandonar á su buen padre? ¿por qué darle un disgusto tan acerbo y atroz? Si padece, que padezca: todavía mereceria peor.—¿Sí eh?... pues vosotros, sin pensarlo, habeis pronunciado vuestra sentencia. Porque ¿quién es este hijo ingrato, rebelde y disipador? Eres tú, pecador mio, tú mismo eres: y Jesucristo, bajo la figura del hijo pródigo, no hizo otra cosa que retratarte á tí, y formar anticipadamente el triste cuadro de tu perversidad y obstinacion. ¿Qué digo? si bien lo consideras, verás que tú has sido todavía mas perverso que él. El hijo pródigo huyó de la casa paterna, dando con esto á su padre un disgusto capaz de quitarle la vida. ¿Y tú? tú has huido de los brazos de Dios, y has hecho cosas que, si él hubiese sido capaz de sentimiento, indudablemente le habrian causado la muerte. El hijo pródigo disipó en vicios

unos bienes que á su padre debian haberle costado poco, pues, como noble que era, es regular los hubiese heredado de sus mayores. ¿Y tú? tú has disipado los tesoros de la gracia, que á Dios le costaron la sangre y la vida. El hijo pródigo deshonró á su padre con su vida licenciosa; mas al menos tuvo la prudencia de no hacerlo en su misma patria, y se fué á un país donde no era conocido. ¿Y tú? tú has deshonrado á Dios en su misma presencia, á la vista de su pueblo, y en el seno de su propia familia. El hijo pródigo, en fin, escarmentó con la desgracia, comprendió con el tiempo el mal que habia hecho sustrayéndose de la autoridad de su padre, y volvió á él compungido y humillado. ¿Y tú? tú ha muchos años que vives apartado de Dios, y aun no piensas en convertirte á él.

Y con todo ¡ah! con todo su bondad te sufre, te aguarda y te espera. Pudiera él, si hubiese querido, haber tomado cien veces venganza de tí; y para vengarse, cuenta que no habia de hacer mas que dejar obrar las causas segundas. En aquella enfermedad ¿sabes?... tú naturalmente debias morir; mas, viendo el Señor que si morias entonces tu alma iba á hundirse en el infierno, detente, dijo á la muerte, detente, y perdónale por esta vez. En aquella tempestad las nubes tenian un rayo que iba directamente encaminado á tí; mas, sabiendo el Señor que si morias en aquellas circunstancias tu condenacion era segura, lo desvió amorosamente, y lo dirigió á otra parte. Todas las criaturas, por el instinto natural que tienen de vengar los insultos hechos á su Criador, se le han presentado muchas veces, pidiéndole permiso para quitarte la vida, y diciéndole lo que Abisai dijo al rey David cuando oyó los insultos que le dirigia el vil Semei: Dadme licencia, señor, y cortaré la cabeza á ese perro miserable que os insulta. *Quare maledicit canis hic mortuus domino meo regi? Vadam, et am-*

*putabo caput ejus*¹. *Vadam*, le ha dicho el fuego, permitidme, y le pulverizaré con mis llamas : *vadam*, le ha dicho el agua, dadme permiso, y le sumergiré en mis olas : *vadam*, le ha dicho la tierra, hacedme una insinuacion, y le sepultaré en mis entrañas. Y el buen Padre ¿qué les ha respondido? Como el piadoso David, les ha dicho : *Dimittite eum*² : no, no quiero que le toqueis ni un pelo de la ropa : quiero quede intacta su vida ; que si ahora muriese, yo sé á dónde iria á parar. ¡Oh bondad! ¡oh paciencia de mi Dios, qué grande y admirable eres!

Pero si la bondad de Dios muestra ser grande en esperar al pecador á penitencia, todavía se manifiesta mayor en llamarle. Del padre del hijo pródigo no se lee que hiciese ninguna diligencia para hacerle volver á su casa. Hizo cuanto pudo para impedir su salida, empleó consejos, avisos, súplicas, lágrimas, suspiros, todo ; pero una vez hubo pasado la puerta, le abandonó á su propia suerte, sin enviarle ni un criado que se informase de su situacion, ni un amigo que le indujese á reconciliarse con él, ni una persona que en su nombre le dijese que todavía se acordaba de que le era padre.

¿Y Dios? ¡Ah, pecador mio, si lo reflexionases! Dios, mas compasivo contigo que aquel padre con su hijo, no ha cesado, ni cesa todavía, de hacer medios y diligencias para que vuelvas á sus amorosos brazos. ¿Qué no ha hecho por sí mismo? Mediante una luz vivísima que ha encendido en tu alma te ha hecho ver, no una, sino infinitas veces, el gran disgusto que le diste pecando, la suma ingratitud que mostraste huyendo de su paternal seno, los males sin cuento que vendrán sobre tí si no vuelves pronto á él. ¿Qué no ha hecho por el ministerio de sus Ángeles? Mediante unas inspiracio-

¹ II Reg. xvi, 9. — ² Ibid. 10.

nes que mas de una vez han venido á perturbarte el sueño, te ha representado vivamente la deformidad de tu pecado, la severidad de su justicia, la infelicidad de tu estado actual, y los grandes tormentos que te aguardan en el otro mundo. ¿Qué no ha hecho por medio de sus predicadores? Mediante unas palabras que él mismo les ponía en los labios, te ha hecho saber que él te aguarda, te busca, te llora ; y que si vuelves pronto á él, le encontrarás tan bueno y amoroso como le dejaste. ¿Podía Dios mostrarse mas bueno y clemente contigo? ¿Podrás tú resistir por mas tiempo á su clemencia y bondad?

Volvamos al hijo pródigo, y aprende la gran leccion que va á darte. Mírale allá en el bosque, transido del hambre, consumido de la miseria, triste, afligido, pensativo, y en ademán de querer tomar alguna resolucion. Ya, sentado debajo de un árbol, llora y lamenta su desgracia ; ya se levanta un poco animoso, y se pone en actitud de emprender un viaje ; ya vuelve á sentarse, y se pone á llorar de nuevo. ¡Infeliz de mí! va diciendo, ¡á qué situacion tan triste me ha conducido mi deseo de libertad! ¡Cuántos criados en casa de mi padre abundan de todo, mientras yo perezco aquí de hambre y de miseria! ¿Y querré aun continuar así?... ¡Ah! no es posible pueda yo llevar por mucho tiempo una vida tan miserable como esta. Si no tomo pronto una resolucion, voy á morir como una bestia en medio de estas selvas. Mas ¿qué haré?... ¿Volveré á mi padre? ¡Ay que le tengo sumamente ofendido y disgustado! ¡Qué deshonor para él, si me le presentase con estos súcios andrajos encima! ¡Qué vergüenza para mí con solo dejarme ver en la ciudad!... Mas yo no puedo continuar así : es menester cobrar ánimo, y hacer la prueba : el padre siempre es padre... ¿Quién sabe si aguarda á que yo vaya á humillármele? ¿Quién sabe si todavía se

acuerda de mí, y me conserva algun afecto en su corazon? Y cuando así no sea, me parece que esta misma miseria le ha de mover á piedad. ¡Es tan bueno!... ¡es tan padre!... Yo por mi parte nada omitiré de cuanto pueda aplacarle: me le arrojaré á los piés, le pediré perdon de mi culpa, le suplicaré me admita en su casa, no en cualidad de hijo, que no lo merezco, sino en cualidad de criado.

Dicho esto, se levanta animoso, abandona el rebaño, y sin decir nada á su amo, emprende el camino para su patria. Despues de un largo viaje, llega á la ciudad, y á la vista de la casa paterna; y llega precisamente en tiempo que su padre estaba en el terrado tomando el fresco. Por casualidad tiende el padre la vista á lo largo del camino, y á lo léjos ve á un jóven andrajoso, pálido, macilento, que de flaco apenas puede andar. Su vista le despierta la memoria de aquel hijo que desde mucho tiempo habia perdido, y algo enternecido exclama: ¡Ah! á semejante miseria estará tal vez reducido aquel mi desgraciado hijo... El pobre jóven, que tambien ha visto á su padre, se va acercando poco á poco, sin atreverse á levantar los ojos de vergüenza. Tanto se acerca, que el padre, fijando mas en él la atencion, se imagina ver la fisonomía de su hijo, bien que notablemente alterada. Por de pronto no sabe persuadirse sea él en realidad; pero, mirándole una y otra vez, ¡él es! exclama, sí, ¡él es! Decir esto, y dejar el terrado, y correr escaleras abajo, y salir al encuentro del miserable jóven, todo es obra de un solo momento. El hijo, viendo venir al padre á su encuentro, no sabe qué hacerse, si le aguarde ó si huya; mas, notando que viene con los brazos abiertos, y no dudando ya de su amor, prorumpe en un gran llanto, se pone de rodillas en medio del camino, y con palabras interrumpidas de sollozos: ¡Ah, padre! le dice, ¡ah, padre! he pecado contra el cielo y contra vos... Mas iba á

decir; pero el bondadoso padre no le da tiempo: le echa los brazos al cuello... le abraza... le besa... le vuelve á besar... y... ¡ah hijo! le dice, ¡ah hijo de mi corazon! ¿y es verdad que aun eres vivo? ¿es verdad que has vuelto? ¿es verdad que te estrecho en mis brazos? ¡Dichoso dia! ¡dichosa hora! ¡dichoso momento!... ¡Hola! dice á los criados, que habian acudido á presenciár aquel tiernísimo espectáculo, id pronto, unos á buscar el mas precioso vestido que haya en mis cofres, otros á llamar músicos, otros á convidar los parientes y amigos, otros á disponer un convite; pues quiero celebrar con una gran fiesta la vuelta de este mi hijo, que creia muerto, y he recobrado vivo: *Mortuus erat, et revixit.*

¿Qué decís, oyentes míos? ¿qué os parece de esta historia? ¿oísteis jamás otra tan tierna?... Pues sabed que es la misma imágen de la bondad, amor y ternura con que Dios recibe al pecador; y que Jesucristo, al referirla, no tuvo otro intento que darnos una idea de la amable acogida que el pecador halla en Dios, cuando vuelve á él arrepentido de sus culpas. ¡Ah! no bien este buen Padre ve venir de léjos á este su hijo extraviado, cuando movido á compasion, le sale al encuentro con los brazos abiertos para estrecharle á su amoroso seno: *Cùm autem adhuc longè esset, vidit illum pater ipse, et misericordia motus est, et occurrens cecidit super collum ejus*¹. Sin cási darle tiempo para confesar su culpa, y expresar su dolor y arrepentimiento, le admite en su gracia y amistad, lo mismo que si nunca le hubiese ofendido: *Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor*². Y lleno de alegría por su penitencia, le restituye el vestido de la gracia santificante, el anillo de las virtudes infusas, el calzado de las obras buenas que habia hecho antes de su prevaricacion:

¹ Luc. xv, 20. — ² Ezech. xviii, 22.

Citò proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manum ejus, et calceamenta in pedes ejus ¹. Y como si toda su felicidad dependiese de la conversion de este pecador, convida á todos los Ángeles y Santos del cielo á que le dén la norabuena por ella, y la celebren con músicas, cánticos y vítores.

¡Ah! si con tanta bondad recibe Dios al pecador arrepentido, ¿qué tardais, caros pecadores, á convertirlos á él? Como el hijo pródigo, decid pronto, y decidlo con resolucion: *Surgam, et ibo ad patrem meum* ². ¿Por qué quiero yo continuar en mi infeliz estado? ¿Qué es lo que me detiene de convertirme á Dios con todo el corazon? Él me espera, él me llama, él me busca. ¿Dejaré que siempre me busque en vano, sin jamás poderme hallar? No: yo mismo iré á encontrarle, me arrojaré á sus piés, le suplicaré me admita de nuevo en su casa, no ya con el honroso título de hijo, que ciertamente no merezco, sino con el dictado de siervo, que harto honroso será para un pecador tan ingrato como yo: *Surgam, et ibo ad patrem meum*. Sí, Padre amoroso, sí: aquí teneis un hijo pródigo que tiempo há se apartó de Vos, pero que ya vuelve contrito y humillado. Recibidle, abrazadle, cubrid la desnudez con que se os presenta, adornadle con los preciosos vestidos de vuestra gracia, para que logre habitar eternamente en vuestra dichosa casa del cielo. Amen.

¹ Luc. xv, 22. — ² Ibid. 18.

El no convertirse pronto es pronóstico de no convertirse jamás.

Quis ex vobis homo, qui habet centum oves... (Luc. xv, 4).

Deseoso el Salvador de darnos una idea de la gran misericordia de Dios para con los pecadores, se sirvió de tres comparaciones á cual mas tierna y expresiva. ¿Qué hace un hombre, dijo, cuando, despues de haber perdido una oveja muy amada, y haberla buscado por montes y cerros, logra hallarla? ¿Acaso la maltrata? ¿por ventura la entrega al lobo? No, que la carga amorosamente sobre sus hombros, y lleno de alegría la conduce al aprisco: *Imponit in humeros suos gaudens*. Pues lo mismo hace mi Padre con el pecador arrepentido. ¿Qué hace una mujer cuando ha encontrado la joya que habia perdido, y que todo el dia ha estado buscando con gran diligencia? ¿Por ventura la tira á la calle? No, que la pone en buen resguardo, y ruega á las vecinas que le dén la norabuena por el hallazgo: *Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram*. Pues lo propio hace mi Padre con el pecador penitente. ¿Qué hizo el padre del hijo pródigo, cuando este fué á pedirle perdon de haber huido de su casa? ¿Acaso le dió con las puertas en la cara? ¿por ventura le entregó en poder de la justicia? No, que le abrazó tiernamente, y puso en olvido sus pasadas faltas: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum*. Pues otro tanto hace mi Padre con el pecador que vuelve á él compungido. ¿Cosa estupenda! cristianos: esta gran misericordia, que